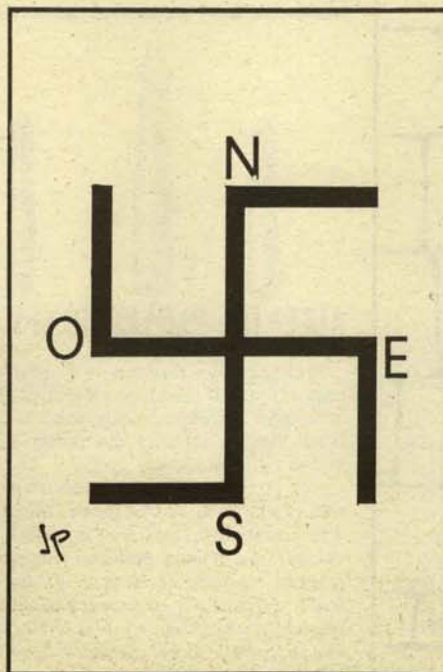




AVISO A LIBREROS

Mientras sigan las cosas así, es más recomendable mandar a freír monas las últimas novedades y poner en los escaparates única y exclusivamente las siguientes novedades:

- «Historia de los heterodoxos españoles», de don Marcelino Menéndez y Pelayo.
 - «El criterio», de Jaime Balmes.
 - «La emoción de España», de Manuel Siurot.
 - «Vida de San Francisco Javier» (anónimo).
 - «Lecturas buenas y malas».
 - «Corazón de cristal», del padre José Antonio de Sobrino, S. I.
 - «Celia lo que dice», de la marquesa de Fortuny.
 - Y cosas por el estilo.
- En cuanto a los best sellers, conviene que cuando el INLE pregunte por los diez títulos más vendidos, se despiste a base de, por ejemplo, los que siguen:*
- «La salud por el ajo y el limón».
 - «Cuarenta montajes ele-
 - mentales de radiotransmisores».
 - «Jardinería práctica», de Noel Clarasó.
 - «Las mil mejores poesías de la Lengua Castellana».
 - «Manual del perfecto excursionista».
 - «400 platos que agradarán a su marido».
 - Y cosas por el estilo. Por el estilo de los años cuarenta, naturalmente.



RINENCEFALO

El futuro de nuestra sociedad se está estructurando en tres sentidos: la profesión de librero se va a convertir en algo definitivamente delictivo, las aves y los peces van a perecer atiborrados de petróleo y la gente va a oler uniformemente, perdiendo el tufo genuino. Los animales muertos, las columnas del Partenón tapadas con cascos de coca-cola, la multitud analfabeta y oliendo toda al mismo desodorante, esta es la próxima cultura.

Aquella gloria de mujer que viajaba en tranvía jardinero con el sobaco levantado como un saludo patriótico con toda la mantilla de madroños en la axila y el olor a hembra sudada que aturda de emoción todo el cerebro de la concurrencia, eso se ha perdido. Aquellos pálidos cesantes que olian a cera de entierro, a cretona y a babucha vieja, eso ya ha pasado. Aquellos rellanos que olian a berza, aquellas casas que sabían a pis de gato y a supositorio del señor amo, eso ha pasado. Terminó la cultura del olfato, la imaginación de la nariz ibérica y el olor profundo a bacalao y a gambas al ajillo que impregnaba las Historias de España ha sido sustituido por un fumigado general a ozonopino.

Y con el ambiente a desodorante, los cerebros uniformados y las librerías apedreadas. En las viejas reboticas con sabor dulzón a polilla ya no hay tertulias liberales con café agrio sino mangueras para apagar fuegos, retenes de vigilancia donde el librero con guardapolvo ha sido cambiado por el guardaespaldas. Con el sexo desinfectado y la cabeza vacía la cultura de nuestro tiempo va dirigida hacia la licencia de armas. De momento se trata sólo de abatir patos de Albufera, de matar conejos por los desmontes, de liquidar cualquier rastro de vida animal que palpita por los rastros del país. Con la escopeta al hombro el ciudadano moderno y perfumado está dispuesto a acabar con todo lo que deje libre la pasta del asfalto. Hay que reconocer que los escolares del futuro tendrán la labor muy simplificada: el epitome de la sabiduría podrá ser reducida a una cantilena corta. El hombre es un ente que nace, se perfuma unitariamente y muere. Y el olor uniforme del desodorante invade e iguala el sabor del bollo del bautismo, el sexo del día de la boda y la nogalina del ataúd con la sabrosa cadaverina ahogada en Widiams deodorant. Por otra parte los libros estarán ya bien quemados y los pájaros bien muertos.

VICENT

